

PODER POLÍTICO EN SOCIEDADES DIVIDIDAS

CUADERNO Nº 6

PODER POLÍTICO EN SOCIEDADES DIVIDIDAS

Por lo general, es la cara política de la asimetría inherente a toda relación de poder la que convierte a ésta en particularmente odiosa, ya que coloca a muchos frente al vigilante y amenazador pulgar de unos pocos y se manifiesta con instrumentos y símbolos especialmente visibles como el hacha del verdugo, los pendones o estandartes del señor de la guerra que aguarda a que sus hueses se lancen al combate o el último aviso de la agencia estatal encargada de recaudar los impuestos. Por ello el gobierno es mal visto por los que no tienen ninguna posibilidad de oponerse y resistido o enfrentado por quienes han acumulado suficientes recursos políticos para poder hacerlo. Al mismo tiempo, éstos intentarán desarrollar sus recursos de forma autónoma para utilizarlos como medio de modificar aquellas decisiones del gobernante que atenten contra sus intereses. Además, distintos centros de poder político pueden entrar en conflicto por el control de un territorio determinado u otras cuestiones significativas. La opinión popular de que la historia trata de 'reyes y batallas' está por supuesto mal enfocada, pero pone de manifiesto el peculiar dramatismo de la dimensión política en la lucha por el poder.

G. POGGI

La actividad de los componentes de una sociedad ‘deliberadamente’¹ dividida y desigual respecto a la distribución del poder tiene que enfrentarse ahora al nuevo problema que dicha división genera. En primer lugar, cada uno de los grupos en que se ha descompuesto la sociedad tiene que emplear todo su poder o bien en mantener, reforzar o incrementar dicha desigualdad o bien en zafarse de los obstáculos que la misma pone en el proceso de realización de sus ineludibles objetivos, cualesquiera que éstos sean. En segundo lugar, cada fracción social tiene también que mantener la cohesión interna que le define y sostiene como pretendida comunidad. Dicho con otras palabras, tiene que ejercer el poder hacia dentro y hacia fuera de sí misma. Y tanto en un caso como en otro tiene que valerse también del uso o la amenaza de la violencia, obligado y primordial recurso para el logro de dicha finalidad. La violencia es ahora condición necesaria, aunque no suficiente, de la acción política, necesariamente redefinida en la práctica, a fin de que pueda incluir y cumplimentar en la nueva situación las funciones que *a priori* y con carácter puramente formal se le siguen asignando. Para la sociedad civilizada mantiene, por tanto, un evidente trasfondo de validez la opinión kantiana de que el hombre (y el demonio) necesita un Amo. Todo lo que podemos hacer es buscar las fórmulas políticas, económicas e ideológicas adecuadas para mantenerlo a raya y, en alguna medida, a nuestro servicio. La respuesta que viene exigiendo la pregunta clásica *¿Quis custodiet custodes?*, que por su propia formulación parece desembocar en la radical

¹ De la misma forma que no podemos desligar el pensamiento de la vida, la reflexión de la percepción inmediata o el concepto de la intuición, tampoco se puede separar la voluntad del deseo. Y éste, como es sabido, tiene con frecuencia su asiento en la directa o primaria subjetividad que se conforma y desarrolla dialécticamente en la ineludible relación entre los seres humanos y el medio. Así, el grupo decide colectivamente en lo más recóndito de su corazón –“nuestra más próxima máquina de preferir y desdeñar”– incorporar o no al régimen de su primaria constitución el deseo o la voluntad de poder privado como esencial componente de su *ethos* particular. Antes de que nos pongamos a reflexionar acerca de lo que nos rodea nos encontramos siendo ya un haz original de apetitos, afanes e ilusiones que hemos escogido consciente o inconscientemente, y con el que nos vemos precisados a contar a la hora de tener que inventar y decidir nuestro futuro y el del pueblo al que pertenecemos. La falta de conciencia refleja en esa elección no exime al pueblo de responsabilidad: “Este es el sacrificio por el pecado (cometido por ignorancia, sin caer en la cuenta) de la asamblea de los hijos de Israel” (Levítico, 4, 21).

utopía anarquista o el no menos radical escepticismo conservador², admite, al menos, la pragmática respuesta democrática de convertir, siquiera de modo parcial, al gobernado en gobernante, al Amo en Príncipe o en Soberano institucional bajo control. La experiencia enseña que es posible algún equilibrio de poder, cimentado en instituciones *ad hoc*, entre las dos diferentes y separadas voluntades en las que se ha dividido la comunidad por y tras la aparición del estado: la voluntad de los gobernados y la voluntad del gobierno. Reducir estas dos voluntades a una sola ha constituido, constituye y constituirá en el previsible futuro el meollo de la historia, que no es otro que la lucha entre pueblos que defienden la libertad, el derecho y la paz por una parte y pueblos que han hecho de la voluntad de exterminio y explotación de los demás la base y el motor de su comportamiento.

El poder político de cada fracción no es sino la actividad que desarrolla en la consecución de sus objetivos mediante la práctica o la amenaza de la violencia física. A veces se niega que la actividad política esté siempre (al menos en último extremo) mediatizada por la violencia. Porque aunque es fácil —excepto para mentes absolutamente dislocadas— descubrir la presencia de la violencia en la actividad política que rige y organiza las relaciones entre unidades sociales conflictivas y con conciencia de su propia identidad, (en otras palabras, en las relaciones ‘internacionales’) sin embargo, en ocasiones se pretende que *ad intra*, es decir, en el seno de aquella sociedad que, pese a no serlo ya en absoluto, sigue considerándose por razones varias todavía UNA, la política consiste en algo más que en coerción o, para decirlo de otra manera, que la ley no se reduce a meros mandatos (a los que acompaña siempre explícita o tácitamente la cláusula ‘de lo contrario ateneos a las consecuencias’), sino que muchas veces se trata exclusivamente de recomendaciones positivas, sin acompañamiento

² “...ya puede, pues, proceder como quiera, no hay manera de imaginar cómo se puede procurar un jefe de la justicia pública que sea, a su vez, justo; ya sea que le busque en una sola persona o en una sociedad de personas escogidas al efecto... El jefe supremo tiene que ser justo por sí mismo y, no obstante, un hombre. Así resulta que esta tarea es la más difícil de todas; como que su solución perfecta es imposible”. (E. Kant, *Idea de una Historia Universal en sentido cosmopolita*, Filosofía de la Historia, Fondo de Cultura Económica, México 1978).

de amenaza de sanción física en caso de incumplimiento, y aducidas sin otro ánimo que el de convencer a aquellos a quienes van dirigidas³. Pero la quiebra de la unidad social, en los inicios mismos de la historia, y la correlativa liberación del deseo de poder (y de obediencia) privado que comporta hace ya imposible cualquier género de comunidad real⁴, basada en la amistad, la palabra y el libre acatamiento de la autoridad de quien ha recibido de la propia sociedad la misión de recordar y proferir la ley. La violencia privada y sostenida define, a partir de ese momento, al poder político como género y, por tanto, el ámbito que configura es objetiva e irremediablemente –y no sólo por razones de eficacia militar contra enemigos exteriores– piramidal. Poder político en sociedades escindidas es sinónimo de tiranía de una u otra índole⁵ y en tanto en cuanto la actividad política no pueda dejarse de lado no tenemos más remedio que sopor-tar cadenas. Rousseau lo sabía y por eso sus pretensiones nunca fueron

³ Hume, por ejemplo, decía que “el faraón de Egipto o el emperador de Roma podían instrumentalizar por la fuerza la conducta de sus indefensos súbditos en contra de los intereses de éstos, pero que a sus mamelucos y a sus cohortes tenía que mantenerlos aliados u obedientes por convicción”. En el L.I de *La República* ya había señalado Platón que “un Estado, un ejército o una cuadrilla de bandidos y ladrones” no podría jamás triunfar en sus injustas empresas si sus componentes no estuvieran reunidos por algunos lazos de justicia y lealtad. A nuestro entender ambos estaban equivocados al respecto. La idea de que la dimensión horizontal de la política, basada en la palabra, etc., sigue estando vigente en algunos ámbitos de la misma, es una ilusión. En su básica realidad “los mamelucos y las cohortes” de faraones y emperadores constituyen una ininterrumpida cadena basada en la relación mando-obediencia, al estilo militar, que empieza en la cúspide y termina en los “indefensos” súbditos a los que se refiere el filósofo escocés. En el transcurso de la historia la persuasión o el convencimiento son meros instrumentos de dominación que nunca contradicen la violencia en la que, en definitiva, se fundan todas las unidades políticas del mundo civilizado.

⁴ Es el drama de pensadores políticos como Platón o Aristóteles que se afanaron estérilmente en cuadrar el círculo, es decir, en armonizar estado y comunidad o, lo que es lo mismo, en sustituir la cruda realidad política vigente por el diálogo o la filosofía recién inventados.

⁵ En absoluto debemos minusvalorar el significado literal de la locución. El género ‘tiranía’ –o ‘cadenas’, por emplear la expresión de Rousseau– se subdivide en dos especies conteniendo cada una de ellas una gama casi infinita de tipos que va de más o menos genuinos estados democráticos a más o menos estados totalitarios con una línea divisoria cada vez más difícil de precisar entre los de una y otra especie. En ese espacio se juega nuestro destino.

más allá de señalar qué las hacía legítimas⁶. La ley de los ancestros y la palabra del jefe de la comunidad que regulaban las sociedades salvajes han sido reemplazadas en todas partes, no sabemos si definitivamente, por las armas, las órdenes y la mentirosa jerga de los que las poseen o controlan. Ocurre, sin embargo, que así como el gobernante jamás puede olvidar este principio, el gobernado tiende con demasiada frecuencia a preterir peligrosamente la verdad que encierra. Separa la literalidad de la ley de la fuerza que la originó y la mantiene en vigor y piensa que aquélla posee en sí misma la virtualidad que la hace efectiva. Para cuando se da cuenta del error es demasiado tarde. Spinoza en *El Tratado Político* (cap. 7 para. 30) nos ofrece el ejemplo, cercano para nosotros, del Reino de Aragón, pero no necesitamos salir de nuestra propia historia para certificar la validez del principio establecido por Maquiavelo de que no puede haber buenas leyes donde faltan el brazo armado y el ojo avizor que las sostienen.

Un amplio recuento de los conflictos políticos que han tenido lugar a lo largo de la historia⁷ confirma empíricamente la tesis de que al final la actividad política conlleva siempre el uso o la amenaza de la violencia. No se trata, pues, de una tesis que rezume originalidad. Al contrario, es la que han sustentado desde que se inventó la escritura la mayor parte de los tratadistas del tema y la que, hoy mismo, se explica, adaptándola a cada circunstancia, en la mayor parte de las universidades, democráticas o conservadoras, liberales o socialistas, progresistas o reaccionarias, de los cinco continentes. Sólo las víctimas siguen prestando todavía oídos al viejo discurso de hipócritas detentadores del poder, que han practicado y siguen practicando toda clase de violencia sin restricciones de moral ni de derecho, al tiempo que desarman al enemigo ingenuo en nombre de la paz⁸.

⁶ “El hombre nació libre, y en todas partes se le encuentra encadenado. Hay quien se cree el amo de los demás cuando en verdad no deja de ser tan esclavo como ellos. ¿Cómo ha podido acontecer este cambio? Lo ignoro. ¿Qué puede legitimarlo? Voy a intentar resolver esta cuestión” C.S., Libro I Capítulo I.

⁷ J.W. Lapierre, *o.c.*

⁸ El gran teórico de la guerra Clausewitz sabía que son los relativamente más débiles ‘los defensores inofensivos’, a quienes se imputaría el calificativo de violentos. “El aspirante a conquistador es un amante de la paz (como Bonaparte siempre pretendió serlo) pues les gustaría entrar en nuestro estado y ocuparlo sin oposición. Con el fin de (...)

Por ejemplo, jamás escuchareis entre nosotros consejos como los que en mil novecientos noventa y uno, en vísperas de la liberación de su país, dirigía el Obispo de Split (Croacia) a los católicos de su diócesis y de todo el país en general: “En momentos como éstos el falso pacifismo refuerza indirectamente a los agresores y bandidos. Es deber de todo católico defender activamente a su patria”. Un lenguaje muy diferente del que emplean las jerarquías eclesiásticas en Navarra. Para opinar sobre quienes las ostentan seguimos el consejo de aquél a quien ellos mismos consideran su maestro: por sus obras les conoceréis.

No es difícil darse cuenta de la privilegiada e irresistible efectividad de la fuerza física para doblegar la voluntad de aquellos que están en inferioridad al respecto obligándoles mediante el uso o la amenaza de la misma a comportarse de acuerdo con los deseos y conveniencias de quienes ocupan posiciones de privilegio. La fuerza física percibida como capaz de dañar la integridad corporal de los individuos y de sus familiares y amigos más íntimos suscita emociones a las que ningún ser humano se puede sustraer. El miedo al dolor, a la agresión física, a la pérdida de la integridad corporal, en definitiva, a la muerte, es una de las emociones más primitivas que el hombre comparte con el animal. Es una emoción tan inevitable, tan universal, tan instintiva, que el ser humano lesionado, torturado o amenazado físicamente se comporta casi como un objeto sobre el que se aplica una determinada fuerza. Porque además la violencia no conoce otro límite que la muerte del que la padece. Como ha señalado A. Solzhenitsyn “el hombre está de tal manera constituido que para desgracia de la víctima y ventaja del verdugo, mientras está vivo, siempre hay algo más que se le puede hacer”. Esta conexión tan estrecha entre la violencia física y la emoción y conducta subsiguientes que casi inevitablemente suscita, ha animado a los teóricos desde Hobbes a pensar la política según el modelo de las ciencias de la naturaleza para desterrar la imprevisibilidad de su ámbito de aplicación. Cuánto se ha avanzado y hasta dónde es posible lle-

(...) evitar que lo haga, debemos comprometernos en una guerra y prepararnos para ella. En otras palabras, son los débiles, o aquellos que estarán a la defensiva, los que necesitan estar armados, para no ser tomados en un ataque por sorpresa”. (Citado por W.B. Gallie en *Filósofos de la Paz y de la Guerra* F.C.E., México 1975, pág. 127.

gar en esa dirección es algo que no trataré por ahora. Quede como motivo de reflexión y debate para los lectores de estas páginas.

Pero que el uso o la amenaza de violencia en provecho propio sea el instrumento ineludible de la política no significa en absoluto que deban confundirse o identificarse. De lo contrario, no se vería con facilidad qué es lo que distingue la actividad política de la que despliega un pirata o un salteador de caminos que se vale de sus armas para exigirnos la bolsa a cambio de la vida, con evidente riesgo, además, de quedarnos sin la una ni la otra. Las diferencias, sin embargo, saltan a la vista si consideramos que el pirata o el bandido ejercen su violento influjo durante un breve periodo de tiempo y sobre una población relativamente escasa en comparación con aquella sobre la que se extiende el brazo armado del político. Además las acciones del bandido se centran exclusivamente en la obtención de recursos de índole económica sin que le importen mucho el estado de nuestra salud, el nivel y la calidad de nuestra cultura o la lengua en la que nos expresamos con tal de que entendamos lo que en el momento del asalto quiere de nosotros, cosa que, dicho sea de paso, no resulta nada difícil. Al político, en cambio, tal y como se pone continuamente de manifiesto en su aburrida y empalagosa cháchara televisiva, periodística o mitinera, parece importarles sobremanera el control y la vigilancia de todo cuanto puede acaecernos desde nuestro embrionario comienzo en un vientre de mujer (desconozco si estamos ya en condiciones de comenzar en otra parte) hasta que nuestros despojos se esparcen y confunden con la materia del universo. Sobre si esta preocupación por los demás es digna de loa o más bien sospechosa ya he expuesto mi punto de vista. En cualquier caso, ojalá la lectura de este libro sirva de ayuda para que cada uno resuelva por sí mismo la cuestión, porque en esta clase de asuntos no se puede convencer más que al que quiere ser convencido⁹. El Obispo de Hipona creía que el objetivo de la Justicia era lo único que podía diferenciar al político del forajido. Pero si le hiciéramos caso y aplicá-

⁹ Creo que me ajustaría más a la verdad si dijera 'a quien no necesita ser convencido', con lo que acabo de redescubrir la futilidad de un trabajo como el presente que –dado mi natural perezoso– ha supuesto un considerable esfuerzo. Una vez más tengo que dar la razón a cuantos, una y otra vez, me han reconvenido: 'nunca aprenderás'. Pero para no escribir (pienso, por ejemplo, en Rimbaud) se necesita una fortaleza de carácter que evidentemente no poseo.

ramos ese único criterio, es dudoso que encontráramos algún político entre los bandidos, pero es seguro que encontraríamos infinidad de bandidos entre los políticos. En referencia a ese poder político 'justo', al que algunos denominan también de Derecho, el sociólogo italiano W. Pareto escribió con no poca sorna: "El lector me perdonará si no defino ese prodigio. Nunca he topado con él a lo largo de mis investigaciones, por lo que estaría definiendo La Quimera"¹⁰.

Quizá el militar que conquista y somete por las armas a la población de un territorio y lo saquea o explota en su provecho y en el de sus más fieles y poderosos colaboradores nos ofrece una imagen más cercana del político porque, a nuestro juicio, manifiesta profunda semejanza con una característica permanente de toda actividad política que, en principio, no es sino la organización y administración adecuada de la violencia a favor de los deseos o intereses particulares de los que la ejercen ofensiva o defensivamente. Estaríamos pues más cerca de la verdad si convirtiéramos la famosa proposición de Clausewitz ("La guerra es la continuación de la política con otros medios") y dijéramos que "la política es la continuación de la guerra por otros medios". Pero como se desprende tanto de una como de otra proposición, la guerra no es la política, ni el militar o el señor de la guerra coinciden exactamente con el político, incluso cuando, como ocurre con harta frecuencia, ambos oficios son desempeñados por una misma persona. Durante los dos últimos siglos en el mundo occidental se ha tenido cuidado en evitar que esto ocurra, entre otras razones también para solapar inexistentes diferencias de fondo. Es la razón por la que se sigue considerando conveniente que el político luzca traje y corbata en lugar de uniforme militar. De hecho la actividad política ha consistido a lo largo de toda la historia en el aprovechamiento más o menos estable y duradero mediante coacción, de las energías o recursos generados por otros en la realización de fines que pretende el pueblo con ventaja comparativa en el ejercicio de la violencia. En ese sentido la política es algo más que la guerra que en principio puede llevarse a cabo sólo por el placer o el prestigio que conlleva o servir también a objetivos de otra índole.

¹⁰ El lector percibirá de inmediato que nuestro nivel de ironía y escepticismo no alcanza, por ahora al menos, tales cotas. No somos derrotistas.

Así, por ejemplo, la ‘guerra’ era una realidad inserta en la estructura misma de la sociedad primitiva, pero como hemos dicho en otro lugar, servía de instrumento de una política con fines diametralmente opuestos a los anteriormente señalados. Tan pronto como aparece la división social y los diversos componentes de lo que sigue considerándose una totalidad se relacionan asimétricamente desde la óptica del poder, la violencia debe institucionalizarse y legitimarse de alguna manera para mantener efectiva y duraderamente sus logros, es decir, tiene que devenir alguna forma de estado a pesar de que la figura de este último sea todavía poco visible e inseparable de las instituciones que materializan el poder global que ejercen en dicha totalidad grupos socialmente privilegiados en tanto que privilegiados. De lo contrario el ejercicio de la violencia o no tendría ninguna efectividad social¹¹ o ésta se desharía como la encina en el fuego tan pronto como finalizase la acción puntual de la guerra¹². Para que una acción violenta siga produciendo sus efectos tras haber finalizado como tal es preciso elaborar e instituir las convenciones, mecanismos o artificios sociales pertinentes que la fijen de algún modo y le confieran la duración y finalidad que por sí misma no posee; es decir, el evento tiene que transformarse en situación¹³, para que la violencia sin perder nada de su eficacia e intensidad se haga a la vez más evanescente, como si se auto-impu-

¹¹ Recuerdo a este respecto la película “Queimada” protagonizada por Marlon Brando, pero de la que desconozco el director y otros detalles. En ella se narra cómo un grupo de colonizados negros, después de derrotar por las armas a los colonizadores blancos, son totalmente incapaces de organizar políticamente la violencia que han ejercido y acaban volviendo al estado previo a la rebelión. Otras muchas revueltas campesinas sirven igualmente para ejemplificar lo que decimos.

¹² La frontera entre ninguna organización política y una organización escasa, inadecuada y, por ende, ineficaz, es difícil de trazar en teoría. La comparación entre los imperios fundados por dos grandes genios militares como Gengis Khan y Julio Cesar nos permiten, sin embargo, comprobar en la práctica esa diferencia. El imperio tártaro desapareció con su fundador en las profundas estructuras, casi eternas, del imperio chino, mientras el imperio romano perduró durante siglos.

¹³ Advértase el parecido contenido semántico de los términos situación y estado. Es sabido que el término ‘estado’ empezó siendo usado para expresar algo así como el estado de la república, del reino o de la nación, es decir, la situación de la *res-publica*. Por tanto, a tenor de lo que venimos diciendo, incluso etimológicamente, estado es sinónimo de violencia institucionalizada.

siera cierto freno o limitación. Ese ha sido y continúa siendo el específico quehacer del político en relación con la violencia.

Ya hemos dicho anteriormente que hay otras formas de poder social entre las que –además del poder político– hemos destacado el poder económico y el poder ideológico y hemos dicho también que el mejor modo de distinguirlos y definirlos es atendiendo al criterio de los medios o recursos de que se valen para alcanzar uno de sus ineludibles objetivos en las sociedades divididas: el mantenimiento y fomento, extensivo e intensivo, de relaciones sociales asimétricas entre los miembros de una determinada totalidad o formación social sin más límite que el que su capacidad de coerción les asigna y sin otro objetivo que la completa aniquilación del enemigo. Sin embargo, el poder político es la más importante forma de poder social hasta el punto que en muchas ocasiones se usa como sinónimo de poder en general. ¿Por qué es esto así? En primer lugar, porque el poder político crea y mantiene las condiciones indispensables para el ejercicio de las otras formas de poder. El poder económico, por ejemplo, requiere fronteras definidas y estables y, sobre todo, orden y paz que minimicen riesgos para los negocios. El poder político se encarga de procurar dichas condiciones. Igualmente procura el idioma y la cultura comunes que posibilitan o, al menos, facilitan el ejercicio exitoso del poder ideológico.

En segundo lugar, puede ocurrir que sectores mayoritarios de la sociedad se comporten de acuerdo con formas de pensamiento y de conducta creadas por una minoría capacitada para su provecho particular y en perjuicio de la inmensa mayoría que, especiosamente convencida, obedece. Pero, puesto que no es seguro, puede haber, no importa con qué frecuencia, circunstancias en las que sólo el poder político puede garantizar el *statu quo* evitando o aplastando la rebelión de los grupos arteramente sometidos o, por el contrario, modificar la situación a favor de estos últimos. Lo mismo ocurre con el poder económico. Cuesta mucho comprender que los grupos a los que perjudica una determinada relación económica la acepten durante mucho tiempo al margen de consideraciones de orden político, es decir, sin que sean coactivamente obligados a soportarla. Porque las adversas condiciones de vida, en presencia de la abundancia y el lujo ajenos constituyen,

en general, un excelente antídoto contra cualquier clase de camuflajes teóricos al respecto.

Para terminar este apartado insistir una vez más en que esta tripartición del poder social tiene una finalidad puramente analítica o conceptual, ya que el poder social constituye una totalidad en ejercicio y sólo como tal totalidad estructura, hasta ahora siempre asimétricamente en sociedades civilizadas, la población y el territorio sobre los que se ejerce. En la práctica esto nunca ha sido puesto en duda por nadie, aunque teóricamente se hayan mantenido, por motivos estrictamente ideológicos, tesis metafísicas más o menos camufladas sobre la primacía ontológica de cualquiera de estas formas de poder. Paradójicamente todas estas tesis han servido para favorecer teórica y prácticamente la vigencia y primordialidad del poder político. Es obvio que el carácter preeminente que nosotros hemos asignado al poder político nada tiene que ver con postulados metafísicos de ese género, sino que solamente afirma la comprobada y comprobable mayor virtualidad de la fuerza física a la hora de resolver eventuales conflictos. Lo que los lógicos denominan *argumentum ad baculum* constituye sin duda una falacia en el espacio impoluto de la lógica formal, pero desgraciadamente funciona *ab illo tempore* –*Tucidides dixit*– en el complejo y turbio juego de las relaciones políticas donde siempre ‘triunfa’ bastos.

